

EL EVANGELISTA

NOVIEMBRE

1905

REVISTA EVANGÉLICA, ILUSTRADA, MENSUAL

—AÑO XXII— REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Provenza, 275, 1.º, Gracia-Barcelona. —N.º 263—



UNA MADRE CON SUS HIJOS

UNA MADRE CON SUS HIJOS

¡Qué cuadro más interesante es el que tenemos delante! Una madre que cuenta á sus tiernos hijos una historia bíblica que indudablemente les interesa. Puede ser que ella no se dé razón del alcance de su obra; pero de todos modos está formando caracteres que más tarde en la vida serán un poder en el mundo para bien.

No olvidamos la verdad de que sólo Dios es quien puede cambiar ó regenerar el corazón, y de que sin esta regeneración no sólo no puede el hombre ver el reino de Dios, sino que mientras esté en el mundo, sus aspiraciones no pueden subir más allá de donde llegan las cosas del mundo. Con todo, la historia de hombres eminentes, como la de las naciones, atestigua la incalculable influencia de la madre en la formación del carácter de aquel sér tierno que ella cobija en su regazo.

Napoleón I atribuyó su grandeza en el mundo en gran manera á la disciplina de su voluntad, y gobierno de sí en que le educó su madre. Ella logró obtener por una combinación de ternura y severidad que él la amara, respetara y obedeciera. De ella aprendió la virtud de la obediencia que más tarde vino á ser el fundamento de su gloria. Mas ¡ay! aquella gloria era mundana, y por lo tanto ficticia.

Los que hayan leído las historias de los reyes del pueblo de Israel habrán observado cuán á menudo, al concluir la historia de tal ó cual rey, se da el nombre de su madre como si ella le hubiese hecho lo que había sido.

Difícilmente se podrían hallar en todo el Antiguo Testamento dos hombres más eminentes que Moisés y Samuel, y es de notar lo que las Escrituras dicen de las madres de ambos. Aquellas madres en medio de los apuros y las amarguras de la vida, forjaron en sus hijos caracteres fuertes, nobles y sublimes. Eran mujeres de fe; conocían á Dios, sabían que lo que Dios había hablado era verdad y que convenía ante todo hacer caso de ello. Este

mismo espíritu imbuían ellas en los hijos, á quienes Dios después llamó en su gracia é hizo que fuesen sus siervos.

En el Nuevo Testamento tenemos también un carácter notable, Timoteo. El apóstol Pablo refiriéndose á él dice: «A ninguno tengo tan unánime, y que con sincera afición esté solícito por vosotros. Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús. Pero la experiencia de él habéis conocido,» etc. (Fil. 2. 20-22). ¡Qué elogio tan hermoso, el poder decir de un hombre que es tan desprendido de sí que solamente piensa en como puede hacer bien á otros! ¿De dónde sacó prendas tan hermosas como las que le adornaban? ¿Qué clase de educación fué la que recibió? A estas preguntas hallamos respuestas en la segunda epístola que el apóstol Pablo le escribió, donde dice: «Persiste tú en lo que has aprendido, y te persuadiste, sabiendo de quien has aprendido; y que desde la niñez has sabido las sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salud por la fe que es en Cristo Jesús» (2.^a Tim. 3. 14, 15). Y en el primer capítulo el Apóstol hace mención de la abuela y de la madre de Timoteo en estas palabras: «Trayendo á la memoria la fe no fingida que había en tí, la cual residió primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice; y estoy cierto que en tí también.» De donde se ve lo que hacían aquellas, abuela y madre, para con su pequeñito, y como le instruían en las sagradas Escrituras. Con tales instrucciones no es difícil entender que resultara un hombre tan excelente para toda la obra ardua que le tocaba hacer en este mundo. Había bebido en la fuente pura de la Palabra de Dios; su alma estaba empapada en las verdades del Libro sagrado desde su niñez, y cuando más tarde plugo á Dios tocarle su corazón y convertirle, aquel carácter tan bien formado desde su infancia llegó á resplandecer en todos los actos de su vida.

¡Cuán pocas madres hay en nuestros tiempos que se dediquen á instruir á sus hijitos de la manera que lo hicieron Loida y Eunice! unas, porque no tienen tiempo;

otras, porque no tienen inclinación; muchísimas, porque no saben nada de este Libro sagrado, pues para ellas es un libro sellado, ó un libro prohibido, y algunas, acompañando á sus hijitos á las iglesias donde ven cuadros representando horribles sufrimientos de las almas en el purgatorio, les darán alguna explicación de tales cuadros y les dirán que hay que dar dinero á fin de librar á las ánimas de tanto sufrimiento.

En más de una ocasión hemos dicho en estas páginas que la idea del purgatorio tiene su origen en el paganismo, y no en las sagradas Escrituras. La tenían los Egipcios hace más de tres mil años. En el libro de Deuteronomio Moisés enseñó é insistió en que el pueblo de Israel no creyese tal doctrina, ni siguiese tales prácticas como las de dar dinero para los muertos.

¿Qué resultó en el pueblo de Egipto como consecuencia de tales doctrinas paganas? Ya lo sabemos, un pueblo primeramente supersticioso, y luego corrompido y perdido.

En la antigua Grecia hallamos la misma cosa con las mismas consecuencias. Platón, filósofo griego, pero pagano, que vivía cuatrocientos años antes de Jesu-Cristo, creía en el purgatorio, ó hacía ver que creía, pues dijo: «Los muertos son llevados por un espíritu al lugar donde son juzgados. Estos que han vivido medianamente bien son conducidos al río Acherón, donde embarcan para el lago Acherusia. Allí están hasta que se hayan purificado de todas sus faltas por medio de sufrimientos; luego reciben el galardón de sus obras buenas. Los que hayan sido muy malos y tenidos por incurables son echados directamente al Tártaro, de donde nunca salen,» etc.

El corresponsal de un periódico inglés que acompañó la expedición militar inglesa al Tibet hace dos años, explica lo que vió en la capital de aquel país ermitaño en uno de los templos de Buda: «Hombres y mujeres entristecidos por alguna pérdida que han tenido en la familia, acuden con su dinero para pagar á los sacerdotes, cuya obra es la de mirar las aven-

turas de las almas en el purgatorio y de darles algún auxilio en su pasaje á un estado mejor; mientras que los demonios y furias están en acecho para ver como pueden arrebatar con sus garras de fuego á tales almas y arrastrarlas al infierno». Así se ve cuán arraigada está esta idea de purgatorio en el hombre en todas partes y en todas las épocas, debida á una conciencia que le acusa de pecado, y que ignora el sacrificio que lo quita provisto por Dios mismo. Pero donde el Evangelio es conocido no hay lugar para tales enseñanzas.

La idea del purgatorio entró en la Iglesia Romana y tomó cuerpo allá por el siglo sexto. Mas en el concilio de Florencia (1439) fué declarada tal idea dogma de fe y fué confirmada por el concilio de Trento (1546) con obligación de creerlo bajo pena de excomunión. El estado actual de los países católicos, y en particular el de España, da un ejemplo de lo que producen estos dogmas extraños á las sagradas Escrituras. Aquí lo que abunda, como todo el mundo lo sabe, es la hipocresía y la incredulidad.

Hace algún tiempo el que estas líneas escribe acompañó á un amigo suyo á una población no muy lejos de Barcelona, donde éste tenía que hacer algún negocio con otro caballero. Concluido el negocio tomé ocasión de introducir el asunto del Evangelio. Dicho señor me contestó en estas ó parecidas palabras: Dispense Vd. pero si le hablo con franqueza he de decirle que no creo en ninguna religión.—Supongo que Vd. creerá que hay un Dios que ha creado lo que vemos, sol, luna y estrellas.—De esto no sé nada; pero le diré á usted la razón que tengo para no creer en ninguna religión. Mi tío era párroco de esta población. Mi madre, que era su hermana, deseosa de saber la verdad referente á nuestro estado después de muertos, le pidió un día que le dijese lo que había de verdad acerca del purgatorio, y como puede uno librarse de sus penas. Mi tío, que era un sabio y entendido, le contestó: Mira, no tengas cuidado acerca de esto, ni pienses en dar dinero para las ánimas; nosotros no sabemos nada de tal lugar.

Desde entonces mi madre nos enseñaba á no creer en ninguna religión. He aquí como una madre recoje á sus hijos y les enseña á ser incrédulos. El caso desgraciadamente no es aislado; hay multitudes que se han hecho incrédulos por los curas, y porque se les ha impedido leer la Biblia.

Madres, que leáis este artículo, dad entrada á la verdad de Dios en vuestros propios corazones y luego recoged á vuestros hijos, leedles la Biblia y explicadles las historias escritas en ella, haced como la madre de Timoteo, y colmaréis de bien á vuestras familias que después serán una bendición en donde quiera que se hallen.

EL LIBRO DE MAYOR CIRCULACIÓN EN EL MUNDO



De todos los libros que salen de las imprentas para satisfacer el deseo de saber de los que leen, solamente la tercera parte de ellos, poco más ó menos, consigue una vida de más

de tres años. De todos los libros célebres que se han publicado, pocos han tenido una tirada de más de 500,000 ejemplares.

Hay sin embargo un libro, que es la Biblia, cuya venta es representada por un número que la mente humana no puede conceptuar. Se ha esparcido este libro, no por centenares, ni por millares, ni por millones, sino por centenares de millones; es leído en palacios y en chozas; ejerce tal poder que ha habido casos cuando se ha dado la vida para obtener un ejemplar, y también se ha dado la vida para llevarlo á los que no lo conocían.

Lejos de ser una obra de interés para una provincia ó nación, es leída con avidez en todos los idiomas de Europa, los principales idiomas del oriente y occidente y aun también en muchas lenguas

y dialectos en que nunca se había escrito ningún libro anteriormente á la traducción de la Biblia.

De *O Pequeno Mensageiro*.

UN JEFE AFRICANO Y LA RESURRECCIÓN



EL célebre misionero en Africa, Roberto Moffat, suegro de David Livingstone, en una ocasión hizo un viaje para visitar á un jefe africano que era gran guerrero y el terror

de todos.

—No se aventure V., le decían algunos de sus amigos que temían por su vida. Macaba es muy sanguinario y le matará.

—Dios es más grande que Macaba, y su voluntad es que vaya; así voy sin miedo, contestó Moffat.

Llegado el siervo de Dios al fin de su viaje, Macaba le recibió con respeto, y junto con muchos de sus sub-jefes, escuchó al misionero que habló de la resurrección de Jesu-Cristo, y la resurrección de los muertos en el día del juicio.

—¿Qué dices! exclamó Macaba. ¿Qué quieren decir tales palabras acerca de los muertos? ¿Los muertos se levantarán!

—Sí; contestó Moffat, todos los muertos se levantarán.

—¿Se levantará mi padre?

—No hay duda de ello.

—¿Y todos los muertos en batalla?

—También resucitarán.

—¿Y, qué de los muertos por leones, tigres y cocodrilos?

—Ellos serán igualmente resucitados.

—¿Oís lo que dice? preguntó á sus acompañantes. ¿Habéis oído jamás tales cosas? ¿Has oído tú, preguntó, dirigiéndose á un anciano, semejante cosa?

—Nunca, contestó éste.

El jefe entonces se volvió al misionero diciendo:—Las palabras que has hablado acerca de una resurrección son más de lo que yo puedo llevar. No quiero oír nada acerca de levantarse los muertos. Los

muertos no pueden resucitar. No resucitarán.

—Decidme, ¿por qué no queréis que os hable acerca de la resurrección de los muertos?

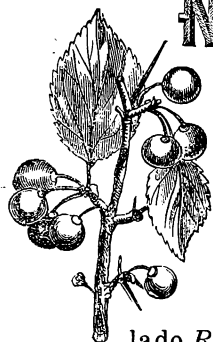
Entonces levantando el brazo como para echar de sí una lanza, dijo:—He matado á miles, ¿se levantarán estos?

El jefe estaba acobardado por el anuncio de la resurrección, y aunque era pagano, la verdad de Dios había traspasado su alma y le hacía temblar.

Acuérdate, lector, que viene el día de la resurrección. «Está establecido á los hombres que mueran una vez, y después el juicio.» (Heb. 9. 27). Acciones y palabras, aunque olvidadas, serán presentadas otra vez. «Toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio». (Mat. 12. 36) Sabe, empero, que Dios «no quiere que ninguno perezca,» y por eso ha provisto un Salvador, su amado Hijo. «El fué herido por nuestras rebeliones;» «llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero,» por lo mismo lo que resta al pecador que reconoce su condición arruinada, es sólo confiar en el que pagó por nosotros muriendo en la cruz, el cual «resucitó de los muertos» y «nos libró de la ira que ha de venir». (1.ª Tes. 1. 10).

EL CATOLICISMO ROMANO

PINTADO POR SÍ MISMO



NUESTRO colega *El Cristiano* de Madrid, publica unos párrafos referentes á la aplicación de las ganancias inmorales del juego á las almas del purgatorio, párrafos que por cierto causan horror, traducidos literalmente de un libro francés, titulado *Recuerdo de los muertos*, escrito por el abate Chevoyon, cura de San Ambrosio, en París, y aprobado por el arzobispo (páginas 230 y siguientes).

«¿Quién es el hombre que no juega alguna vez y que no hace alguna ganancia en el juego? Pues bien, emplead toda la ganancia de vuestro juego; es demasiado, emplead una parte solamente, en hacer celebrar misas por las almas de vuestros difuntos y haréis la acción más gloriosa.

»El Hijo de Dios derramó su sangre para apagar el fuego que quema á las almas en el Purgatorio; para apaciguar sus dolores sufrió él mismo; presentó su cuerpo inocente á los azotes, á las espinas, á los clavos, á todos los tormentos, y murió por fin en el tormento de la cruz con una muerte ignominiosa y cruel, para darles una dichosa inmortalidad. Y todos estos milagros, vosotros los podéis hacer *divirtiéndoo*s. Aunque seáis el hombre más culpable, el más alejado de Dios, el más indigno de sus favores, obtendréis de su misericordia la libertad del alma por la cual hagáis ofrecer el santo sacrificio.

»Yo no os pido en este momento que os mortifiquéis, no tenéis aliento para ello; no os pido que hagáis largas oraciones, no sois capaces de ello; no que distribuyáis cuantiosas limosnas, os parecería una cosa muy onerosa: no os pido más que el fruto ó la ganancia de vuestro juego. ¿Y esto no es admirable? ¿que podáis así salvar las almas que el Hijo de Dios no ha salvado más que llorando y muriendo?

»¡Oh compasión humana! ¡oh misericordia cristiana! ¿podrías tú rehusar el provecho de tus juegos para arrancar del Purgatorio á tus parientes y amigos?

»Divino Salvador, ¡qué ingeniosas son tus invenciones! Tú derramaste tu sangre sobre la cruz y nos has dado la facilidad de aplicarla con el entretenimiento y el fruto de nuestro pasatiempo. ¡Oh amor infinito! ¡Oh misericordia incomprensible!

Sobre esto añade nuestro colega el siguiente comentario:

«Mirad, lectores, mirad una vez más lo que es el romanismo, y dad gracias á Dios de haber conocido á tiempo su monstruosidad. ¡Y tantos incautos como aún abren sus bolsillos á una religión tan mundanal y tan apegada al dinero! De esto á hacer

una colecta para misas en el teatro ó en un baile, no va más que un paso. Y ese paso no se les ha ocurrido. Pero todo se andará: ya se hace muchas veces para las llamadas obras de caridad.»

LA VOLUNTAD DEL SEÑOR



PARA averiguar cual sea la voluntad del Señor hemos de emplear medios según las Escrituras. La oración, la Palabra de Dios y su Espíritu han de ir juntos. Debemos ir repetidas veces al Señor en oración, y pedirle que nos enseñe por su Espíritu por medio de su Palabra.

Si pensáramos que el Espíritu Santo era el que nos guiaba á hacer tal ó cual cosa, porque ciertas circunstancias fueren de tal ó cual manera, y con todo, la Palabra de Dios se opusiere al paso que nos proponíamos tomar, nos engañaríamos á nosotros mismos. Ninguna colocación, ni ningún negocio me será dado *por Dios* en el cual no tenga tiempo para cuidar de mi alma. Por eso, sean cuales fueren las circunstancias exteriores, solamente puedo considerar que Dios las ha permitido para probar la realidad de mi amor, mi fe y mi obediencia, y en ningún modo puedo considerarlas como su providencia si me guían á obrar en contra de su revelada voluntad.

MÜLLER

A LOS UMBRALES DE AFRICA CENTRAL

POR FRANÇOIS COILLARD

LXXXI

Kazungula, Diciembre de 1895.

Una triste desgracia

El sábado por la mañana emprendí de nuevo el viaje á Nalolo. Pero antes de ponerse en marcha la comitiva llegó un

propio enviado con toda urgencia por Adolfo Jalla. Tenía el cuerpo bañado de sudor, los ojos hundidos, la voz ronca y los labios temblorosos. Abrió la carta que me presentó. ¡Un mensaje aturridor! Mi muchacho Seonyi acababa de matarse de un tiro. Queriendo matar algunos patos silvestres para cuando yo llegara, fué á sacar el fusil del montón cogiéndolo por la boca del cañón, y según la costumbre arraigada de todos los indígenas lo habían dejado cargado y amarillado, y con el movimiento de sacarlo se descargó, recibiendo el pobre muchacho toda la carga en la sién.

¡Qué nube vino á extenderse sobre éste viaje entristecido ya por tantas otras cosas!

Los queridos Adolfo y Luis Jalla y Goy con sus esposas, me prodigaron todo el cuidado que el amor puede dictar. Con todo es penoso estar enfermo sin asistencia médica en un país como este. Mas Dios es misericordioso para con sus hijos, y así lo hallé yo, porque además de los amigos que he nombrado; me permitió descubrir en mis acompañantes negros, no sólo el afecto que ya sabía que me tenían, sino una solicitud para conmigo que jamás había pensado que pudieran tener y que no ha disminuido.

Un enfermero voluntario

Semonji, que ha sido uno de mis alumnos y que cuenta ahora 16 años de edad, demostró de una manera especial sus aptitudes como enfermero, previendo ó adivinando mis necesidades, ideando toda clase de medios para inducirme á comer y dando un aspecto alegre á mi cuarto, y todo lo hacía diligente y alegremente sin ruido para evitarme toda molestia. No me abandonó ni de día ni de noche. ¿Qué hubiera hecho yo sin él? ¿Qué me habría pasado si se hubiera cansado de servirme? Me ha rogado que no le deje y he determinado que si yo voy á Europa él me acompañe. Ya sé que estará expuesto á grandes peligros, pero creo ver la mano de Dios tan claramente que no tengo temor por él. En cuanto á mi pobre Nyondo, él está casado, así no puedo pensar en llevarle á él. Además, contamos con él como ayuda en la obra de evangelización. ¡Pobre muchacho! cada vez que hablamos de mi marcha escondía su cara entre las rodillas y prorrumplía en amargo llanto.

La frontera de Barotsi-land

He estado en Kazungula por tres semanas esperando la galera que ha de traer mi equipaje. Aquí he encontrado al capitán Gibbons á quien vimos por primera vez en el año 1885 cuando hubimos cruzado el río. Entonces estaba cazando hipopótamos. A todos nos sorprendió verle acompañado ahora de algunos mozos Batoka que antes estaban con nosotros.

Durante la hora de comer me llamó para que fuera al campamento de ellos á oír las canciones que entonaban, y percibimos que eran himnos que nosotros habíamos enseñado, descubriendo así quienes eran. El, es claro, ignoraba tal cosa cuando nos llamó. La simiente sembrada años atrás no está perdida.

Mi galera ha llegado al fin, y dentro de pocos días cruzaremos el río. ¡Qué diferencia hay entre el paso de ahora y el del año 1884! Entonces no había una sola alma en esta vasta región que ni siquiera hubiera oído el nombre del Señor. Estábamos entonces divididos en dos compañías para la mayor conveniencia del transporte de nuestro bagaje, y á la hora del vivaque solíamos cantar, *Tlong ho Yesu* (Ven á Jesús—Ven á Cristo), contestándonos unos á otros, y nuestras voces se perdían en el desierto sin producir un eco.

Hoy día, reconozcámoslo á la gloria suya, «grandes cosas ha hecho Jehová». Esta misma estación misionera en Kazungula es un testimonio de ello, y contamos con cinco de ellas, en cada una de las cuales hay un número más ó menos grande de zambezanos que profesan haber hallado al Señor. Hoy día están orando aquí y cantando las alabanzas de Dios.

Bulawayo, Febrero de 1896.

Viaje dificultoso

Nuestro viaje hasta Kazungula fué hecho con mucha facilidad; pero al emprender otra vez la marcha desde allí, nuestro camino era un largo tremedal, donde los bueyes se hundían hasta el vientre, muchas veces sin hallar pie firme para poder tirar las galeras, y á menudo estas también se hundían, las cuatro ruedas á la vez. A los veintidós días de haber salido de Kazungula sólo habíamos hecho tres días de camino. Sufriendo, rendido como estaba, comiendo poco y durmiendo aun menos, repetidas veces me vino el pensamiento de que tal vez no viviría hasta

el fin de este viaje tan lleno de aventuras y trabajos.

Pero ¿quién se cansa de repetir que el Señor es bueno y fiel? ¡Cómo su presencia alumbraba nuestras tinieblas! En tales circunstancias es cuando se experimenta la verdad de que nos «da canciones en la noche» (Job 35. 10), de tal manera que aun los lodazales y las soledades del desierto son convertidos cada uno en un Bethel (la casa de Dios).

Entre Pata-matenga y Bulawayo el viaje fué mucho menos pesado. Ya no encontramos más arenas movedizas sino tierra firme. Este país está cubierto de matorrales cuyas matas espinosas obstruyen el paso y hacen guerra á los toldos de las galeras. No hay nada absolutamente en la vegetación que nos recuerde que estamos en los trópicos.

Un gran despoblado

De Pata-matenga (un conjunto de chozas convertidas en casas de campo) á Bulawayo, una distancia de cerca de 500 kilómetros, no encontramos á nadie, con la excepción de unos pocos bosquimanos que vagan por estos bosques. ¿Cuál será el porvenir de este país? ¿Será poblado algún día?

Por ahora, el silencio de muerte que reina en estas soledades, interrumpido sólo por el crujir de las galeras y el chasquido de los látigos, produce una impresión indecible. Uno se siente como un átomo, impotente y perdido.

Entre amigos

No puedo relatar todas las atenciones y el cariño con que me han rodeado aquí. Las autoridades me han visitado y juntos con el médico me han rogado que me quede en el hospital como su huésped, hasta que consideren que esté bastante bien para continuar mi viaje. Todos me han prodigado tales cuidados que me afectan en gran manera y me han hecho bien. Entre el pequeño grupo de amigos personales que he hallado aquí está el joven Howard Moffat, á quien todo lo que hacía para mí le parecía poco. No reparó en tiempo, trabajo, ni en el dinero que gastaba para proveer comodidades para el amigo de su padre y el discípulo de su abuelo, el venerado Dr. Roberto Moffat.

Este es el lugar donde Lobengula nos hizo prisioneros hace diez y ocho años. ¡Qué cambios ha habido desde entonces!



Religiones del dinero.—Un misionero escribe desde Penang, Indo-China, acerca de las antiguas prácticas paganas que aun están en pleno vigor allí y que enriquecen los bolsillos de los sacerdotes:

«A principios de Noviembre se hacen preparativos en muchas casas para comenzar á ofrecer sufragios en favor de los espíritus de los difuntos. Cierta número de sacerdotes budistas, que varía entre cuatro y doce, según la cantidad de dinero que dan los parientes del difunto, se reúnen para cantar responsos con el fin de ayudar el alma á salir del purgatorio. Estos rezos continúan por más ó menos tiempo, también según el dinero que se gasta. Los honorarios de los sacerdotes son de cincuenta á mil duros ó más, porque mientras haya dinero se pueden prolongar los rezos.

»Cuando se les pregunta acerca de la verdad de estas cosas, y ¿qué aprovecha todo lo que se hace con este objeto? muchos confiesan que no creen en nada de esto, pero siguen haciéndolo porque es costumbre, ó por temor á qué dirán otros si no lo hicieran.

»Los Baba chinos, como son llamados los chinos nacidos en Malaca, son ricos é influyentes; muchos de ellos son negociantes, propietarios de buques y de minas, etc., de modo que algunos tienen europeos por dependientes. Pero en la medida que aumentan su plata y su oro, sus caballos y sus coches, así también aumentan sus imágenes».

No más loterías.—La República Argentina ha firmado ya el tratado con la Oriental del Uruguay para suprimir las loterías desde el 1.º de julio de 1907. Se establece que en este acuerdo deben entrar las repúblicas del Brasil, Paraguay, Bolivia y Chile, sin lo cual no tendría valor el tratado.

Es extraño que no se incluyan las repúblicas del Perú y Ecuador, donde hay loterías, las de Lima y Guayaquil, que obtienen numerosas colocaciones en Bolivia y Norte de Chile. Toca á nuestro país, dice *El Diario Ilustrado* de Chile, ya directamente, ya por intermedio de otro Gobierno, iniciar gestiones para obtener la supresión de esas loterías. pues sin ellas sería inútil la convención entre las demás repúblicas.

La cancillería argentina ha hecho una obra buena al iniciar esta guerra á las loterías. Nuestro país debe estarle agradecido, pues suprimidas ellas, se anula la emigración de capitales chilenos á las Repúblicas del Oriente y Norte.

ALMANAQUE DE «EL EVANGELISTA»

Esperamos tener el Almanaque de «EL EVANGELISTA» del año entrante á disposición de nuestros amigos dentro de breve tiempo. Su forma especial y los versículos impresos en letra grande son ya conocidos de la mayor parte de nuestros lectores.

Como la edición es limitada, suplicamos á los que deseen tenerlo nos lo pidan cuanto antes. Nos es grato poder ofrecer dicho Almanaque con rebaja de precios, que son ahora:

Península, 1 ejemplar, 0'15 pta.; 12 id., 1'50 ptas.; 25 id., 2'50 ptas.

Extranjero, 1 ejemplar, 0'20 pta.; 12 id., 2'25 ptas.; 25 id., 3'75 ptas.

EL EVANGELISTA

Revista Evangélica, ilustrada, mensual
Precios de suscripción

(Pago anticipado)

ESPAÑA Y PORTUGAL

Por un año, 1 ejemplar. 0'75 pts.
Por un año, 25 id. 15'00 »

Por cada seis suscripciones á una misma dirección, se remitirá una gratis.

EXTRANJERO

Por un año, 1 ejemplar. 1'50 pts.
Por un año, 2 id. 2'25 »

Redacción y Administración, Provenza, 275, 1.º Gracia —Barcelona.